

PRÓLOGO
(10 de Febrero de 2009)

Estoy convencido, cada vez más, de que la curiosidad del ser humano es la madre de la investigación y, añadido, que la vocación, es el motor del trabajo bien hecho. Estas dos modestas y arriesgadas premisas de mi cosecha particular, vienen al pelo para testimoniar mi admiración al excelente trabajo que ahora se plasma en este libro de Historia del Toreo en Algeciras.

José Reyes, su autor, hace justicia con este magnífico trabajo y reivindica con él la sentencia del filósofo Ortega- "Quien no conoce la historia del toreo nunca entendería la historia de España", aplicable el precepto naturalmente también a la historia de Algeciras en particular y a la de este Campo en general.

La casi total ausencia local de fuentes de cualquier naturaleza de datos (prensa, archivos) relativos al toreo en Algeciras, para el conocimiento del mismo en sus orígenes en nuestra ciudad, hacen que sea extraordinario y de gran predicamento que vea la luz un libro, de entre los escasos publicados, referidos a Algeciras sobre tan olvidado pero, sin duda, atractivo tema histórico y también, por supuesto, como estudio del tejido social de la época que relata. Este libro que tiene en sus manos viene a llenar de conocimientos, para el aficionado y para el curioso, un largo periodo de nuestra historia cotidiana desde el éxodo de 1704 a 1900, años cubiertos por una espesa niebla que se ha mantenido oculto en el inmisericorde callejón de nuestra historia del toreo local.

Se constata con la atenta lectura de sus páginas, la exhaustiva documentación obtenida y la precisión de los datos sabiamente manejados, todo con dedicación y mucho esfuerzo; es el fruto de sus múltiples viajes a hemerotecas, archivos notariales como a otros de cualquier índole fuera de aquí por la carencia documental local. La correlación cronológica en su exposición, la verificación de sus fuentes y contrastes de los mismos, es lo que hacen de este libro uno de los de imprescindible consulta del tema taurino y al tiempo de amena lectura de pitón a rabo.

José Reyes Carmona, 'Pepe Reyes' para los amigos, es un algecireño, nacido en Motril, de cuarenta y nueve años, su nombre parece extraído del Romancero lorquiano. Reconocido y prestigioso industrial, pero de vocación y preparación intelectual. Estudioso desde siempre de los vericuetos de la historia.

Pese a su juventud, es un aficionado taurino de vitola, abonado al Coso de Las Palomas desde su inauguración en 1969. Confiesa a sus amigos que mantiene vivos sus nostálgicos recuerdos de lo que vio y lo que le deslumbró con los colores, los olores y la algarabía, siendo un niño, en la preciosa Perseverancia. Allí, en aquella incomprensiblemente arrebatada catedral del toreo, sin duda, sin él saberlo, con su mirada de niño, percibiría la llamada de la historia taurina de su pueblo; puede que empezara allí su deseo de recrearnos algún día en un libro los pasajes de indudable belleza, curiosidad y asombro de una tauromaquia rescatada de su pueblo.

Nos da cuenta de cómo nuestra plaza de toros en 1861 carecía de Reglamento y se regía por el del Puerto de Santa María. De las tribulaciones que pasaron aquellos paisanos nuestros de la Junta de Accionistas, con nombres y apellidos, aquel 24 de Abril de 1864 para rescatar por segunda vez y por 40.000 reales, la plaza de toros, de pobre

estructura, como él detalla con exactitud periodística, reunidos en la botica de Reina en la calle Larga, actual Cristóbal Colón.

Nos regala y transcribe, con su buen tino y criterio, el bellissimo relato de Don José Román de la antigua costumbre algecireña con sabor añejo cuando en la oscuridad de la noche los vaqueros a caballo traían a los toros bravos de la corrida arropados con los cabestros por la Cañá (La Bajadilla de ahora) arriba hasta nuestra plaza de toros anterior a la torerísima Perseverancia. Nos enteramos también de cómo en 1882, el valiente torero gaditano Antonio Ortega "El Marinero", muy querido aquí, en una corrida del lunes día 5 de Junio, estuvo tan bien en su trabajo que el buen público de Algeciras al rematar la faena pidió para el diestro los máximos trofeos y además se le regalase el toro, trofeos que consiguió de la presidencia. Además, parece ser, que en ocasión tan festiva en nuestro Coso, así lo relata Reyes, se dejó oír (puede ser que por primera vez) el pasodoble de otro extraordinario diestro algecireño "Cara Ancha".

De aquellas Ferias Reales de ganado desde 1850 hasta 1900 de la que nos da cumplidas explicaciones el autor, se corrobora la importancia que tenían las corridas de toros dentro del calendario taurino de la época, como aquella de 1886, dos, con Don Luis Mazantini y Lagartijo el grande. En la primera del día 10 de Junio con los Concha y Sierra en la que salió a banderillar un joven cordobés de la cuadrilla de Lagartijo, se llamaba Rafael Guerra Bejarano, 'Llaverito', quien sería y se convertiría después en el todopoderoso "Guerrita". Un dato puntual que rescata Reyes es también el de la Feria de 1887, el 5 de Junio, donde se enfrentaron aquí dos colosos del toreo, "Cara Ancha", de Algeciras y "Frascuero" en dos corridas. Fueron tan importantes las faenas realizadas para los aficionados y lo que se vio en nuestro ruedo, que resultaron ser, a decir de los periódicos especializados desplazados a la Feria, las dos más importantes corridas de toros celebradas y habidas hasta el momento en nuestro país. Detalle este que da fe de la importancia que tenían ya las corridas en Algeciras y la atención que le dedicaba la prensa escrita de la época.

Puede, vaya usted a saber, que este noble interés y búsqueda de nuestra historia taurina de aquellos años perdidos, en mi admirado amigo Pepe Reyes, esté insuflado además de por su notoria afición, por el misterioso hálito del lugar donde él vive, el número 23 de la calle Coronel Ceballos, ¡justo, justito! sobre los cimientos donde estuvo el Convento de los Padres Mercedarios, aquellos monjes tan taurinos que ya en 1748 tanto se afanaban y solicitaban permisos para dar toros en Algeciras.

El libro, nos adentra en el buen gusto de los esforzados y generosos aficionados algecireños de aquellos años por los toreros de aquí abajo y comprobamos cómo se repiten en los contratos para venir cada año a nuestra cotizadísima Feria Real.

Al mismo tiempo, percibo cómo el autor quiere dar un 'elegante tirón de orejas' y 'aviso a los navegantes' que gestionan nuestro coso por la trascendental importancia y categoría que tuvieron los carteles de toros y toreros, adentrándonos y mostrándonos fechas; y de cómo, por ejemplo, por concretar una entre otras muchas, en 1896 ya se daban tres corridas de toros y con los diestros más grandes de la época, con el todopoderoso "Guerrita" (el José Tomás de la época) las tres tardes, cuando Algeciras tenía unos 13 ó 14000 habitantes y el aforo de la plaza era de unas 8000 almas.

La moraleja es que hoy en 2009, 113 años después, algunos sacan pecho con una plaza de toros llamada monumental, pero con solo tres corridas en la Feria Real y al año; hoy con 200.000 almas mal contadas. ¿Y, para esto ha tenido que pasar siglo y medio? A buen entendedor sobran las buenas palabras.

Por eso es tan interesantísima su lectura. Se pone de manifiesto, la clara visión del autor, su amplísima y limpia mirada y sus conocimientos de narrar la historia, esta vez sobre la oscura, hasta ahora, etapa del toreo algecireño de aquellos años.

Reyes nos abre, nos invita con este libro a traspasar una puerta que ha estado cerrada y oxidada demasiado tiempo sobre el devenir del toreo en Algeciras.

Transitar ahora por ella en esta nueva autovía del conocimiento con su lectura es, además, animar con su ejemplo a otros curiosos del tema e investigadores, para seguir rescatando del secular olvido, en el que se ha mantenido, a todo este riquísimo acervo popular de nuestro pueblo, Algeciras.

Crescencio Torés